

Religiosidad dinámica (8-10 años)

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, *¿A quién catequizamos?*, Bujedo (Burgos), 1979, pp 49-53.

La salida de sí

Lo más típico de esta edad es la vuelta al exterior, a partir de la gran riqueza de experiencias sensoriales y dinámicas que ha ido adquiriendo en los últimos años de su vida. El niño siente la realidad de un mundo que le reserva multitud de sorpresas todavía, pero en las que se descubre como protagonista y no simple testigo pasivo de lo que acontece. Se familiariza con las cosas y con los lugares. Busca elementos físicos de referencia, pero supera esos elementos con sus opciones y decisiones firmes. Deja de ser subjetivo y se vuelve hacia la naturaleza, la sociedad y la vida.

El encuentro con los demás representa el principal rasgo de su maduración psicológica. La sociabilidad es cualidad radical de la naturaleza humana y en este momento trasciende el marco familiar para abrirse a todos los otros componentes de la comunidad social que se frecuenta: conocidos, adultos, compañeros de juego, camaradas de centro escolar, etc. Este encuentro implica nuevas experiencias de signo convivencia: estímulos, limitaciones, normativas, testimonios, invitaciones a la acción, componentes, riesgos, triunfos y fracasos.

Los compañeros de juego y convivencia escolar tienen una significación singular. Con ellos se aprende a enjuiciar y a reflexionar, en lenguajes asequibles precisamente por ser paralelos. Predominan en las relaciones el dinamismo y el naturalismo: se prefiere la acción, se supervalora la naturaleza, se practica la imitación. En los planos religiosos y espirituales es el grupo quien marca la pauta, sin posibilidades de resistir a sus influencias que adquieren significación estimativa y conmocionan.

En general son relaciones intuitivas y vivenciales, dejando poco espacio a la abstracción y a las valoraciones éticas. Son también relaciones pasajeras, con poco de profundidad, ya que se reciben impresiones dinámicas y no valores intelectuales o morales.

El aislamiento resulta un factor mutilante en esta edad, al amortiguar las experiencias sociales que proporciona la compañía. Interesa no limitar excesivamente las conexiones con otros niños si se quiere un desarrollo sano. Incluso, cuando por naturaleza se carece de hermanos que contribuyan a esta expansión de la personalidad, ha de ser norma educativa provocar encuentros múltiples compensatorios.

Conviene también recordar que el ritmo de evolución social de cada individuo varía con las circunstancias interiores y temperamentales. No es natural la excesiva timidez o el egocentrismo prolongado. Hay que descubrir los retrasos sociales que acontezca para tratar también de compensarlo con experiencias sociales enriquecedoras.

De todas formas convendrá recordar la originalidad de cada personalidad a fin de evitar desajustes pedagógicos que intensifiquen las desigualdades psicológicas.

Religiosidad de convivencia

El niño recibe del ambiente, sobre todo del familiar, las influencias ideológicas y espirituales que configuran su interior. Combina credulidad con ingenuidad; y simplicidad valorativa con inmediatez. Sus signos religiosos no tienen otro valor que el del contexto social en el que se desarrolla: el de la familia, el de la escuela, el de otros grupos o movimientos a los que él pertenece.

Por eso conviene organizar la formación religiosa a partir de presupuestos ambientales que hagan posible el desarrollo de las ideas y sentimientos del entorno contando con las limitaciones morales e intelectuales que cada sujeto posee.

Es de suma importancia el testimonio adulto y la normativa que se establece desde niveles superiores, cuya influencia se acepta con espontaneidad y ausencia total de crítica.

El niño aprecia el gesto que entra por los sentidos, sobre todo si reviste carácter sorprendente: fortaleza, originalidad, novedad. Le agrada la alabanza en cuanto emblema de superioridad y en cuanto signo de crecimiento interior.

De manera natural y sencilla imita las virtudes y actitudes de los adultos dando carácter normativo definitivo a lo realizado por los que poseen el ascendiente natural. Las mismas críticas verbales que se pueden suscitar por las cosas hechas o por los errores tienen poco alcance, si se comparan con procesos reales de hechos y de comportamientos.

Poco a poco van surgiendo sentimientos individuales que se hallan profundamente vinculados con las fuentes adultas de las que proceden. Los relativos a la admiración por personajes modélicos y los de compasión para con los suficientes y los oprimidos son los más dignos de ser resultados.

Estos mismos sentimientos debe ser objeto de una adecuada educación interior, ya que todavía se carece de criterios intelectuales de referencia y complementación.

¿A quién catequizamos?

Entre los factores imprescindibles de formación religiosa en este momento se ha de resaltar el familiar. Los padres representan la fuente primordial de ideas y sentimientos morales y espirituales. Deben ser conscientes de su responsabilidad educativa, al mismo tiempo que prepararse para desarrollarla en los cauces de una labor constructiva. Habrán de tener también presente la particular sensibilidad de esta edad ante lo negativo, por la carencia de defensas naturales y personales. Los malos ejemplos familiares son particularmente perniciosos en este estadio, ya que originan actitudes radicales difícilmente compensables en etapas posteriores. La religiosidad familiar posee características singulares de su influencia, que en ningún caso pueden ser ignoradas ni olvidadas. Se puede afirmar que cualquier catequesis carece de sentido si no parte del presupuesto de la realidad religiosa familiar.

Atenciones preferentes

Entre los aspectos catequísticos que deben ser objeto de importancia singular en el momento de la infancia habrá que destacar la necesidad de orientación moral adecuada. El despertar de la razón, paralelo al nacimiento de los juicios morales o de conciencia, implica que el niño necesita apoyos axiológicos para no sentirse perturbado o desorientado. Conviene ofrecerle con sencillez y sin inútiles problematizaciones las debidas distinciones entre el bien y el mal, entre lo mejor y lo menos conveniente. Si aceptación de las consignas adultas es espontánea, por lo que es conveniente no abandonar su juicio a sus solas luces, que resultan psicológicamente insuficientes.

Se han de cuidar también con referencia los hábitos de bien obrar que en ese momento son fáciles de iniciar y de estimular. Lo que podemos llamar con términos usuales virtudes cristianas constituyen una plataforma de desarrollo moral y de maduración espiritual que hace posible el mismo proceso de maduración interior. Se dará especial importancia a cualidades como la sinceridad, la solidaridad, la naturalidad en las plegarias, la aceptación de limitaciones y renunciaciones, la obediencia y la caridad.

Si el niño se desarrolla en un clima de promoción virtuosa y de rechazo reflexivo de los hábitos contrarios, se consigue en este momento una salud moral de incalculable e irremplazable valor.

El periodo especial de sensibilidad social que se atraviesa ahora debe ser ocasión de resaltar el valor del grupo que vive la misma fe y la conveniencia de participar como persona en ese grupo. De aquí nace la importancia sacramental, no sólo en los actos culturales de la comunidad creyente, sino también en cualquier ocasión especial como pueden ofrecer los

¿A quién catequizamos?

sacramentos menos frecuentes: bautismo, matrimonios, unciones de enfermos, ordenaciones sacerdotales.

Habrá que adaptar la participación y la celebración a los niveles particulares de desarrollo. Pero no será acertado infravalorar las posibilidades participativas que en este momento se poseen.

De manera muy especial habrá que formar la mente, el afecto y la sociabilidad para estos actos cuando se trata de celebraciones personales. La primera comunión o la primera confesión se presta a una buena renovación espiritual y religiosa, pues el niño tiene la afectividad y la inteligencia lo suficientemente predispuesta para ello.

Debe cuidarse también en este momento la presentación de la Iglesia y de la comunidad creyente a fin de que se superen desde el primer despertar de la fe las meras categorías sociológicas o tradicionales de pertenencia. No es posible aún una catequesis de plenitud y habrá que resaltar aspectos que tienen más resonancia en las mentes infantiles no formadas del todo. Pero hay que disponer la personalidad del niño a interpretaciones posteriores de las realidades religiosas que no tengan que apoyarse en correcciones o rectificaciones.

Necesidad de catequesis activa

Los rasgos psicológicos del muchacho de esta edad requieren de la catequesis una adaptación a sus necesidades dinámicas y a su tendencia proyectiva al exterior. Por eso se ha de preferir una pedagogía activa y de compromiso constante. Con frecuencia se olvida esto bajo la tradición intelectualista de una catequesis instructiva. Se ha de evitar el reducir la formación religiosa a mera información, sobre todo en este momento evolutivo que requiere más bien experiencia y orientación.

En la educación de la fe naciente hay que dar la máxima importancia a la consciencia y a la reflexión, como forma práctica de superar el activismo y la superficialidad. Esto significa que se deben descubrir progresivamente objetivos y motivaciones, aunque no se puedan captar del todo por el sujeto. Las planificaciones han de estar abiertas a la auto organización y a la evaluación integradora, ya que el niño de esta edad es capaz de entender muchas cosas sin necesidad de llegar al fondo. Empieza a ser coherente, aunque no pueda profundizar.

En el planteamiento de motivaciones habrá que saber armonizar el pragmatismo de los resultados inmediatos y la sensibilidad abierta que ahora nace. Pero conviene realizar las actividades de formación espiritual con tranquilidad y cuidado los pormenores, hasta que llegue el momento de la elaboración de síntesis adecuadas y equilibradas.

¿A quién catequizamos?

Son de gran valor las actividades realizadas en grupo. El muchacho prefiere el grupo y el trabajo compartido y no se siente comprometido con trabajos intelectuales en solitario. Habrá que sacar partida a esta necesidad de colaboración. Hasta que no se llegue a cierto nivel de autonomía, la fe se mantendrá dependiente de los demás; y por eso la educación de la fe tendrá que discurrir por cauces de encuentro y de sensibilidad compartida.

Es el momento de iniciar los adecuados sistemas de valores sociales, espirituales, intelectuales que habrán de constituir la axiología personal en los aspectos religiosos. Estos valores se hallan matizados por rasgos éticos. Pero conviene recordar que estos rasgos no revisten carácter autónomo ni es posible someterlos a criterios o enjuiciamientos propios de los adultos.

Se deben fomentar también en esta etapa las actitudes religiosas radicales o fundamentales: sobre la justicia, la donación, la plegaria, la honradez, la caridad, el perdón, etc. Conviene apoyar los juicios de conciencia que despiertan ahora, con la promoción de valores acertados y objetivos, pues las desviaciones iniciales falsearían muchas posturas morales y espirituales que después serían de difícil corrección. En esto deben coincidir padres y educadores, a fin de evitar discrepancias desorientadas o enfoques dispares que perturbarían la serenidad moral e intelectual de las personalidades no formadas.

Questionario para el diálogo

1. ¿Es conveniente en la tercera infancia fomentar sentimientos morales y preocupaciones por la bondad o malicia de los propios actos?
2. ¿Es preferible una educación religiosa orientada a los problemas sociales en la edad en la que se abre el niño a la sociedad o conviene una formación más vinculada con la intimidad y el comportamiento personal?
3. ¿Cuál puede ser el mapa de cualidades personales que mostrará el catequista en esta etapa de la tercera edad, cuya nota distintiva es la cordialidad y el dinamismo?
4. ¿Debería estar la catequesis de la tercera infancia centrada en la iniciación sacramental consciente que ahora comienza? ¿Cómo podemos disponer a los niños para la frecuencia de la Eucaristía y de la Penitencia como sacramentos básicos de la piedad cristiana?

¿A quién catequizamos?

5. ¿Cómo se puede despertar en los niños de esta edad interés y atractivo por la plegaria, por la oración personal, por encontrar cauces de compartir la fe con los otros compañeros?
6. ¿Pensamos que en este momento es preferible organizar misas dominicales, colegiales, de grupos con niños solo, o es mejor que los niños frecuenten las asambleas celebrativas de los adultos?
7. ¿Cuáles pueden ser las características principales que deben revestir los grupos de catequistas con niños de esta edad?
8. A nivel de la primera infancia, ¿pensamos que posee más importancia la catequesis escolar que la catequesis parroquial? ¿Qué razones invocamos en favor de una y de otra, supuesta la catequesis familiar como punto de partida?
9. ¿Pondríamos el cristocentrismo como la primera exigencia de una buena catequesis infantil...?